

Luis Esteso

Los Expósitos

(DRAMA EN UN ACTO)



precio:

30 cents.

Editorial Miguel Albero, Santa Engracia, 155, Madrid.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. B. O. R. T. S.

N.º de la procedencia

LOS EXPOSITOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los Expósitos

DRAMA EN UN ACTO

DE

Luis Esteso



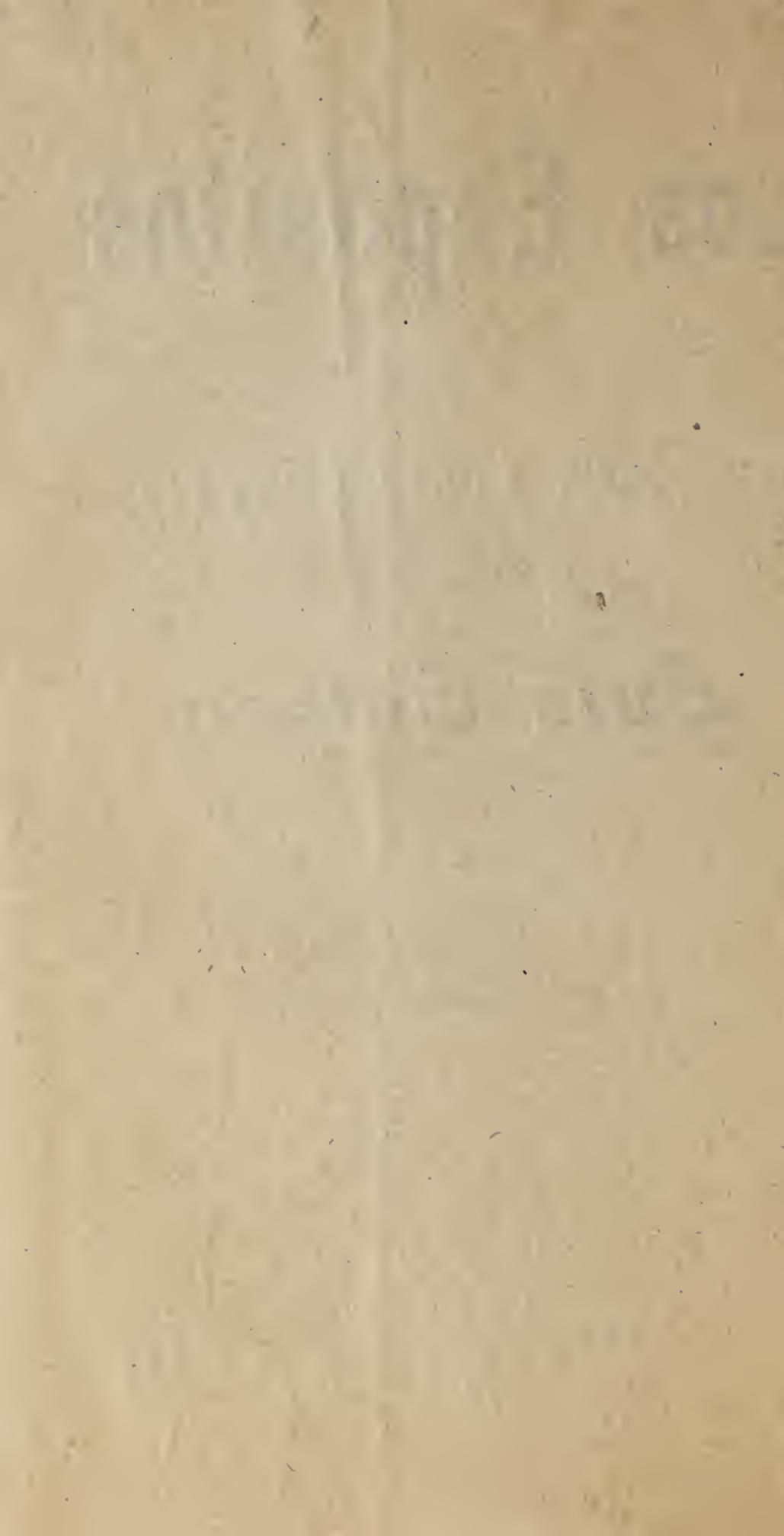
MADRID

IMPRESA DE MIGUEL ALBERO

Santa Engracia, 155

1920

721376





ACTO ÚNICO

La escena es en el hogar de unos labradores manchegos. Puerta al fondo, que da a la calle, y a la izquierda el dormitorio, por donde ha de salir el matrimonio.

Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oyen dos golpes en la puerta de la calle.

ROSA. *(Desde dentro)* ¿Quién? *(Se oyen otros dos golpes)* ¡Va! ¡Antonio, Antonio, levántate, que están llamando. ¡Antonio!...

ANTONIO. ¿Quién llama? *(Desde dentro)* Yo no oigo llamar.

ROSA. Levántate, hombre, que están llamando.

ANT. Pero ¿quién llama? *(Otros dos golpes)* ¡Va, va!...

ROSA. Va, pero tú no te tiras de la cama.

ANT. Si me estoy vistiendo.

(Sale Rosa por la izquierda. Es una mujer de treinta años. Sale ponién-

dose la toquilla. Antonio liándose la faja. Tiene treinta años.)

ROSA. ¿Quién será a estas horas? ¡Pero, calla, si ya está amaneciendo!

ANT. Yo creo que no llama nadie.

ROSA. ¡Nadie! ¡Cómo se conoce que dormías a conciencia!... Los golpes que daban en la puerta me sonaban dentro del corazón como un mal agujero.

ANT. ¡Qué cosas tienes, mujer!

ROSA. ¡No abras, Antonio, no abras, que tengo miedo!

ANT. ¡Pero miedo de qué! ¿Le hacemos nosotros mal a nadie?

ROSA. No le hacemos mal, pero tampoco le hacemos bien.

ANT. Entonces... estamos en paz y en gracia de Dios.

ROSA. Pero pregunta antes de abrir.

ANT. No, si yo no tengo miedo de nadie. ¿Quién llama? ¿Llama alguien?

ROSA. ¡No abras! ¡No abras, que algo ocurre; cuando a mí el corazón me avisa es porque pasa algo, y desde que dieron el primer golpe en la puerta, se me sale el corazón del pecho.

ANT. Si ya clarea; no puede ser nada malo. ¿Abro?

ROSA. Abre.

(Antonio se dirige a la puerta y abre.)

ANT. No hay nadie. *(Mirando y volviendo)*

ROSA. Por algo temía yo que abrieses la

puerta. ¡Mira; mira, Antonio; mira lo que hay en el suelo.

ANT. ¿Qué hay?

ROSA. ¡Un niño abandonado! ¡Un expósito que nos echan! ¡Mira si yo sabía!...

ANT. ¡Un niño! Rosa, ¿pero es un niño?

ROSA. Yo no sé lo que será; pero ves y avisa al Alcalde. Cógelo y te lo llevas adonde lo reciban mejor. ¡Por qué te habré despertado!

ANT. ¡Pero mujer, si es un chico no debemos abandonarlo! Voy a recogerlo del suelo. (*Sale y lo toma.*) Mira, Rosa, un chico; un chico arrecidito de frío. (*Lo besa.*) ¡Pobrecillo! Está dormido. Que confía en nosotros.

ROSA. ¿Dormido o muerto?

ANT. Dormido. Míralo tú. Yo no entiendo de criaturas. ¡Como nosotros no hemos tenido hijos!...

ROSA. Por eso nos lo han puesto a la puerta. Porque saben las ganas que tienes de un hijo.

ANT. Pero eso no es lo bastante para que una madre tire un hijo. Cómo pesa. ¿Dónde lo pongo.

ROSA. ¡Ay! Antonio mío. ¡Ay! Antonio, que este niño viene a ensombrecer esta casa.

ANT. Pero, mujer tú estás loca. Por algo nos lo habrán puesto a la puerta. Dale un beso. ¡Tómalo en tus brazos, y bésalo, que el pobrecillo no tiene a nadie... a nadie! Las gentes ya saben lo que hacen, y cuando te lo

han puesto a tí es por que confían en tu buen corazón.

ROSA. No, no; confían en el tuyo, porque saben que tú eres bueno, pero no me des el disgusto de quedártelo en casa. Cuando Dios no nos ha dado un hijo, es por algo.

ANT. Bueno, Rosa (*cambianao de tonalidad*), cuando Dios nos lo envía, es porque nos lo merecemos así... ¡Éxposito! Trae una manta de la cama, y vamos a buscar quien lo críe. (*Entra y saca una manta, y lo lían y lo ponen sobre una mesa*). Miralo qué confiado duerme el angelico. Así sería yo de pequeño.

ROSA. Pero mientras él duerme yo velaré y me desvelaré, porque tengo miedo, Antonio... Me parece que este niño inocente y puro como un ángel, viene a robarme tu cariño.

ANT. Pues si quieres aumentar mi cariño, si quieres ser lo que yo quería que fueras, bésalo, que cuando me demuestres que puedes ser madre, será doble mi amor a ti. ¡Cuántas ganas tenía de tener un hijo!

ROSA. ¡No tantas como yo! ¡Yo sí que lo deseaba! Yo, que se lo he pedido a todos los santos del cielo con tanto afán, que por eso no me lo ha concedido. Y no lo pedía sólo por mí, por ser la madre de un hijo; lo pedía por tí, porque estaba loca, aguardando que llegase el día en que tu hijo

podiera salir a la puerta de tu casa a esperarte, con los brazos extendidos, y que tú, rendido del trabajo de todo el día, lo levantarás en alto para darle un beso, satisfecho de tu suerte, y que me mirases a mí, loco de alegría, por haberte podido dar lo que tanto anhelas, ¡un hijo!

ANT. Deja, deja de lamentos, que el mundo es una rueda que carga y descarga a su capricho. Ayer estábamos solos, deseando, lo que hoy la desgracia ha depositado en nuestros brazos.

ROSA. ¡Ay Antonio!, que es muy triste poner nuestro cariño en quien no sabemos cómo lo ha de tratar. Todas las gentes no somos unas. ¿Quiénes serán los padres de este niño?

ANT. Y a nosotros, ¿qué nos importa quién puedan ser sus padres? ¿No nos lo ponen a la puerta desvalido, confiando en nuestra caridad?

ROSA. Deja, Antonio a la caridad, que cuando se hace esto con personas extrañas, no es porque esperan de lo que tú llamas caridad; confían en compromisos adquiridos anteriormente. Confían en ti, en ti. ¿Quién será su madre?

ANT. Tú, tú eres su madre. ¿Pero te resistes a besarlo? Cuando Dios no te ha dado un hijo, es porque no eres digna de ello... Piensa en que lo que haces delante de mí, si lo hicieras

delante de las gentes de este pueblo, te odiarían a muerte; porque la mujer que no es capaz de acoger en su regazo a los hijos de todas las madres, no es merecedora de amor ni respeto. ¡Es una mala mujer!

ROSA. ¡Antonio!

ANT. Eso querías oír de mí.

ROSA. Es que tengo una mala sospecha, que si fuera cierta...; mientras este ángel entra por esta puerta, yo debo salir...

ANT. ¡Calla, calla!, que para no tener corazón, no hay que justificarse levantando una calumnia.

ROSA. No es calumnia, no. Júrame por la salud del niño, que no sabes quién es su madre. (*Pausa.*) Júralo, Antonio, y entonces lo tomaré en mis brazos, lo besaré como madre amante; pero tengo miedo de que venga este niño a arrebatarme tu cariño, que es lo que vale más para mí en el mundo...

¿No me lo juras?

ANT. ¡No!

ROSA. Luego eres tú su padre. ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo quieres que lo bese?

ANT. Rosa, perdóname; soy su padre, soy su padre, y tú su madre; porque murió ayer la desgraciada que lo llevó en su seno.

ROSA. ¿La María?

ANT. ¡Calla! Nadie ha sabido su desgracia. Su pobre madre ocultaba la deshon-

ra de su hija como un tesoro. Ayer fuí al entierro de María, y cuando se llevaron la caja me quedé solo con la abuela.—¿Qué piensa usted hacer del nieto?—le pregunté a la pobre mujer.—Y como una muerta me contestó:—«Yo creí que no lo sabía nadie». —Nadie lo sabe más que yo, y como quiero guardar la memoria de su pobre hija, póngame usted el niño esta noche a la puerta de casa. Esa es toda la historia. Ahora coges al niño y lo llevas al Remedio, al alcalde, a quien tú quieras, pero oculta lo que te acabo de contar.

ROSA. ¡Hijo de mi alma! Estás solo en el mundo. Solo no, que está aquí tu madre, porque si frente a un rival era capaz de sostener mi derecho contra mi instinto de mujer, frente a ti, solo y desvalido, me abriré las entrañas para que bebas mi sangre. Sí, hijo mío; ahora te beso con todo el amor de una madre; así, así, como besarán las mujeres que tengan la suerte de tener un hijo. Ya no estás solo, tienes padres y hogar. Antonio, Antonio, busca quien nos críe al chico, porque es nuestro, no, no es nuestro, es mío, mío solo; porque si tú fuiste su padre amparado en la traición y la deshonra, yo soy su madre por mandato divino, por que todas las mujeres tenemos dos cora- zone en el pecho: uno para saber

defendernos del mal, y otro para amparar al desvalido.

ANT. No esperaba menos de tí.

ROSA. Lo hago por él; mira cómo duerme.

ANT. ¿Y qué hacemos?

ROSA. Ves, y busca por el pueblo quien lo pueda criar.

ANT. Qué buena eras, pero...

ROSA. Pero ¿qué?

ANT. Que me parece que todo el pueblo me va a conocer que soy su padre. Yo no puedo ir en busca de nadie; anda tú, y que vengas todas las mujeres que están' criando, y le den de mamar al chico, porque si despierta y se pone a llorar, se me va a partir el corazón.

ROSA. Pero no te separes de él, no sea que despierte y se caiga al suelo.

ANT. Sí, porque éste, éste... va a ser como yo sé... ¡Qué rico! (*Lo besa*).

Llega a la puerta LA GORRIÓN, una niña de quince años, que va pidiendo limosna.

GORR. ¡Ave María Purísima!...

ROSA. Sin pecado concebida santísima.

GORR. Una limosna a una pobre, que no lo puede ganar.

ANT. ¿Pero eres tú, Gorriona? Temprano te tiras a la gandinga.

GORR. ¿Qué vamos a hacer los pobres?

ANT. Trabajar y servir a Dios.

GORR. ¿Me das tú trabajo, Antonio?

ROSA. Pasa, pasa, que me vas a hacer un recado.

GORR. Lo que tú quieras, Rosa. (*Repara al pasar en el chico*).

GORR. ¡Anda, un chico!

ANT. ¿Qué te parece?

GORR. Muy hermoso; Dios lo bendiga. ¿Es tuyo? (*A Rosa*).

ROSA. No es mío.

GORR. ¿Entonces es tuyo? (*A Antonio*).

ANT. Tampoco, mujer. Es un angelito que nos han echado a la puerta.

GORR. Un expósito.

ANT. No, este no es expósito, porque va a ser hijo nuestro, de Rosa y mío.

GORR. A ver si es mi hermano, porque yo también soy expósito.

ROSA. ¿Tú también?

GORR. ¡Anda, ya lo creo! Me tiraron una noche a la puerta del tío Juan y la tía Felipa, que no tenían hijos.

ANT. Es verdad, que no tienen a nadie más que a tí.

ROSA. Yo creía que tú eras nieta.

GORR. ¡Ojalá! Soy su nieta y su hija, todo en una pieza, y su heredera, porque todo me lo dejan a mí. Pero qué rico; ¿quieres que lo bese otra vez?

ROSA. Bésalo, porque es un ángel del cielo, y Dios te lo pagará.

ANT. Poco te dejarán, si para poder vivir tienes que ir pidiendo.

GORR. Es que está el abuelo casi ciego, y no tengo más remedio que llevar algo.

ROSA. ¿Los quieres mucho?

GORR. Más que a nadie en este mundo. Por ellos ando aperreá, porque me podía poner a servir, pero los tengo que cuidar de noche.

ROSA. Eres una buena hija.

GORR. Ea, más hicieron ellos por mí, que se levantaron a media noche, con un nevazo a tres palmos, y me metieron al calorcico de la cama, y tuvieron que vender un najuelo para criarme con ama. Más hicieron ellos que mis verdaderos padres, que me tiraron a la puerta del más pobre del pueblo, para que me arriciese de frío en una noche de nieve, o para que me muriera de hambre. Pero en este pueblo son buenos de sobra, y cuando se le acabó a mi abuelo el dinero de lo vendió, le dieron todo lo que yo necesitaba.

ROSA. Y si ahora te dejara tu verdadera madre: «Yo soy tu madre, hija mía!»

GORR. Pues le contestaba: «Madre mía, ¡qué sinvergüenza!» y le daba un beso. Porque no quita querer a mis abuelos para reconocer lo justo.

ANT. Eres un lince, Gorriona.

GORR. Bueno, ¿qué quieres que haga?

ANT. Que busques una que esté criando para que se encargue de criar a tu hermano.

ROSA. Sí, sí, tu hermano, porque tú no pides más: te vas a venir aquí, a vivir con nosotros; tendremos hijos.

GORR. Pero ¿y mis abuelos?

ROSA. No les faltará nada. Comerán en casa y todos seremos felices.

ANT. Bendita seas.

ROSA. Y tú, a enganchar las mulas y a labrar, que tienes que ganar para todos.

ANT. Para todos; hoy trabajaré con más ilusión que nunca; meteré la reja en las entrañas de la tierra, buscando su seno fecundo, porque la tierra es como las madres que al que más las castiga, le dan más. Y lo que des por un lado para bien de los pobres, la tierra nos lo dará por otro, porque la tierra es la madre de todos.

GORR. Parece que despierta el chico. Nene, nene, que estás en tu casa y eres el rey de ella; que ha venido la Gorrióna, y ya no veo a pedir no más que pa tí.

ANT. Vaya un día de sol, hoy crecen los trigos un palmo.

ROSA. Hoy ha entrado por esa puerta la bendición de Dios.

ANT. La bendición de Dios y el amor de tu marido. Ven a mis brazos, Rosa.

(Se abrazan.)

TELÓN



OBRAS QUE EDITA ESTA CASA

El Calvario de una Obrera o Los Mártires del Amor

por León Montenegro. Novela por entregas.



Los Dramas del Matrimonio o Las Víctimas del deber

por Antonio Contreras. Novela por entregas.



Maria de los Ángeles o Las Víctimas del mar

por A. Contreras. Nueva novela por entregas.

